

Muerte y renacimiento de la política.

Jorge Pacheco

Hay muchos ejemplos de una tal concentración en las instituciones, con una poderosa defensa de las visiones institucionales alternativas de una sociedad justa, que van desde la panacea de los mercados libres peligrosos al paraíso de los medios de producción socializados y a la planificación central mágica. Pero abundan las pruebas que ninguna de estas grandes fórmulas institucionales produce lo que sus visionarios abogados esperan, y que su éxito real en la generación de buenas realizaciones sociales depende por entero de varias circunstancias sociales, económicas, políticas y culturales. El fundamentalismo institucional no sólo trata con desdén la complejidad de las sociedades. Con frecuencia, la autosatisfacción que suele acompañar a la supuesta sabiduría institucional evita incluso el examen crítico de las consecuencias reales de las instituciones recomendadas.

La idea de la Justicia. Amartya Sen (2009)

1. INSTITUCIONALISMO TRASCENDENTAL

Amartya Sen, economista indio y uno de los principales filósofos políticos contemporáneos, distingue en su libro “La idea de la Justicia” dos aproximaciones a este difícil concepto. Estos derivan de la filosofía jurídica india y diferencian entre Niti y Nyaya. El Niti corresponde a la idoneidad de las instituciones y la corrección del comportamiento y el Nyaya corresponde a la realización de la justicia, es decir, las vidas que las personas realmente son capaces de vivir.

El Niti, es conceptualizado por Sen, como un institucionalismo trascendental, es decir, la búsqueda de principios universales que fundamenten un arreglo institucional perfectamente justo. La consecución de la justicia derivaría de estos arreglos institucionales. Debido a que existen diferentes aproximaciones a la justicia, se producirían diferentes arreglos institucionales alternativos, muchas veces incompatibles entre sí. El neoliberalismo, implementado en la dictadura en Chile, así como el socialismo, implementado en Cuba o Venezuela, sería ejemplos de ello. El problema identificado por Sen es que estas visiones institucionales alternativas son simplificaciones peligrosas que habitualmente fallan groseramente al ignorar la complejidad de las sociedades y “transforman las cuestiones más relevantes de la justicia a retórica vacía aunque bien intencionada” (Sen, 2009).

Las personas cuando se movilizan - incluso violentamente como ha ocurrido las últimas semanas - no lo hacen por la búsqueda de una sociedad perfectamente justa, sino porque existen “arreglos escandalosamente injustos” (Sen, 2009). El informe del Programa de las Naciones Unidas por el Desarrollo (PNUD) del año 2012 - recibido en sus manos por el presidente Sebastián Piñera durante su primer período - describía un creciente malestar en la sociedad chilena. Este documento informaba que un 30% de los encuestados había sufrido experiencias de maltrato el año previo y un 60% había sufrido faltas de respeto a su dignidad y sus derechos (PNUD, 2012). La Encuesta de Desarrollo Humano, realizada por esta institución el año 2013, reportaban que la mayor parte de las personas creían que se necesitaban cambios profundos en el sistema de pensiones (81%), en el sistema previsional de salud (79%) y en el financiamiento a la educación (77%) (PNUD, 2013). En el libro “Desiguales”, esta misma institución, describe que las injusticias que más molestan a la población son las desigualdades en salud (68%) y educación (66%), recibiendo un puntaje de 9 o 10 en una escala de 1 a 10. Es decir, claras fallas en la realización de la justicia.

Lo que cruje en Chile son los cimientos del neoliberalismo. Es decir, la fe en que la completa desregulación de los mercados es la forma más segura de alcanzar la prosperidad (Stiglitz, 2019). Esta ideología

promueve un arreglo social en el cual el Estado cumple un rol mínimo y supone que brindar una protección social adecuada (pensiones, salud y educación) pone en riesgo a los países por una pérdida en la competitividad. Un “modelo de la Prosperidad” que José Piñera -hermano del presidente- llamó “[...] a defender con ardiente entusiasmo” en redes sociales luego de dos semanas de haber estallado la crisis social. Un modelo, cuyos fundamentalistas institucionales, resisten en modificar mientras el país arde – literalmente - en rabia y descontrol.

El institucionalismo trascendental no sólo impide reducir las injusticias, sino que también daña a las sociedades. Las ideas – abstracciones simplificadas de la realidad – nunca reemplazarán la complejidad de la vida colectiva. La búsqueda de instituciones trascendentales perfectamente justa confunde su efectiva realización. En el peor de los casos, nos aísla en un círculo de fundamentalistas auto-satisfechos incapaces de escuchar el llamado de la tribu. Es decir, nos despolitiza.

2. TECNOCRACIA O CÓMO SE NEGOCIA CON UN ALGORITMO

La crisis comenzó con el alza del pasaje del metro que fue definida por una fórmula matemática. El presidente del panel de expertos dijo que no descartaba una nueva alza porque “no tenían dominio de las variables”. La ministra de transporte Gloria Hutt lo confirmó en varias ocasiones diciendo que no podía hacer nada. Aparentemente solicitó a la Dirección de Presupuesto un subsidio para evitar el aumento del costo, pero esta solicitud fue negada. Es decir, estábamos gobernados por un cálculo utilitario.

Hannah Arendt, una de las filósofas políticas más importantes del siglo veinte, plantea que la esencia de los gobiernos totalitarios es la misma de la burocracia, transformar a las personas en meros engranajes de la maquinaria administrativa y de esta forma deshumanizarlos. El algoritmo había reemplazado el juicio, pero también la responsabilidad de la decisión política. Los humanos, que tienen la capacidad de escuchar, reflexionar y cambiar de decisión, se ausentaron y dejaron que un algoritmo decidiera sobre nuestra vida colectiva. Una fórmula matemática que – claramente - no incluía dentro de sus variables el malestar.

La responsabilidad política de esta crisis también recae en los expertos. Al menos, en aquellos expertos que asumen que procesos sociales - como la fijación del valor - son autónomos y no dependen de múltiples voluntades. La reflexividad - propia de la subjetividad - desplazada en una economía entendida mecánicamente lleva a olvidar que la confianza es uno de los cimientos del intercambio económico y que no podemos darla por sentado. Los cuerpos – deshumanizados por la burocracia – cuando desconfían, resisten y se manifiestan.

3. VIOLENCIA Y EL RETORNO DE LO POLÍTICO

Una forma de entender el proceso político ocurrido es como una re-descripción masiva en la cual todas esas vulneraciones que, inicialmente eran entendidas como esporádicas e individuales, fueron vistas colectivamente como un abuso sistemático de las élites a la ciudadanía. Un movimiento social que puso en jaque la infraestructura de individualización y se transformó en una masa exigente y violenta.

Como en todas las revueltas latinoamericanas recientes, el conflicto rápidamente escaló a través de incendios, declaraciones incendiarias y una violenta represión estatal. El Estado confundió el orden público con la seguridad nacional y le declaró una guerra a un movimiento social que era legitimado por millones de personas que estaban dispuestas a poner el cuerpo en la calle para clamar en contra de las injusticias y recuperar su dignidad. Un cuerpo que hoy está más mutilado que ayer.

El orden social – que se asumía natural y dado – rápidamente se subvirtió y degradó. La paz, el resultado del pacto entre múltiples grupos antagónicos, se agotó y las personas, ahora agrupadas en colectivos, tuvieron que volver a negociar sus definiciones e intereses. El espacio público se ensanchó, se abrieron conversaciones impensadas y la deliberación pública retornó a la vida colectiva. En este difícil proceso, se hizo clara la misión de la política, volver a hacer la convivencia entre humanos posible con el objetivo de cuidar la vida en el sentido más amplio.

Actualmente, el país se encuentra dispuesto a re-elaborar sus arreglos institucionales y buscar nuevas formas de justicia. La hoja en blanco constitucional espera llenarse de múltiples conceptos de los más diversos colores. Volvemos a transformarnos en un laboratorio para imaginar – ahora libres – nuevas formas de convivencia. Tenemos una nueva oportunidad para resistir la desertificación del oasis, una metáfora que se torna literal, al recordar la responsabilidad que tenemos para evitar la catástrofe global del cambio climático.